

El gozo de «volver a casa»

Coy Roper

Estos son los hijos de la provincia que subieron del cautiverio, de aquellos que Nabucodonosor rey de Babilonia había llevado cautivos a Babilonia, y que volvieron a Jerusalén y a Judá, cada uno a su ciudad (Esdras 2.1).

La palabra «casa» debe de ser una de las más significativas de cualquier idioma. Casi todos los seres humanos tenemos un lugar al cual llamamos casa: el lugar donde anhelamos estar en ocasiones especiales, el lugar donde el corazón puede estar tranquilo por más caótico que se ponga el mundo, el lugar donde nos sentimos en casa. «Volver a casa», por lo tanto, es una frase que tiene gran atractivo para nosotros. A todos nos encanta volver a casa.

Esdras 2 es un relato acerca del momento cuando los judíos salieron del cautiverio, esto es, cuando «volvieron a casa». Cuando leemos acerca de ello, podemos comparar con otras ocasiones que conocemos como volver a casa. Al hacer esto, aprenderemos algunas lecciones que nos ayudarán en nuestro peregrinaje hacia nuestra casa celestial.

CUANDO ELLOS VOLVIERON A CASA

¿Cuándo volvieron?

El momento cuando Judá salió del cautiverio en Babilonia ocurrió en algún momento posterior al 539 a. C., tal vez en el 538.¹ Los judíos, por lo tanto, habían estado lejos de casa cincuenta o más años,² pues la destrucción de Jerusalén, y del templo

¹ Ciro llegó a ser rey en el 539 a. C. Él promulgó un edicto que permitía a los judíos volver a su tierra, durante el primer año de su reinado (2^o Crónicas 36.22–23; Esdras 1.1–4); así, el retorno de ellos debería fecharse cerca del 538 a. C.

² Jeremías previó un cautiverio de setenta años (Jeremías 25.11, 12). Los setenta años pueden fecharse desde la primera deportación cerca del 605 a. C., hasta el primer retorno; o desde la destrucción del templo, hasta que este se terminó de construir cerca del 515 a. C. Uno y otro cálculo dan como resultado setenta años. Puede que los setenta años de la profecía tuvieran como propósito dar a entender algo como un período «completo» de tiempo, esto es, un tiempo prolongado, pero limitado.

y la deportación del pueblo de Judá (2^o Reyes 25.1–12) ocurrieron en el 586 a. C. Los que fueron llevados cautivos durante la primera deportación en el 605 a. C., ¡habían estado sesenta y cinco años lejos de casa!

¿Quién iba al frente de los que volvieron?

Todo parece indicar que el principal dirigente del primer grupo que volvió fue Zorobabel. Esto es lo que dice el versículo 2: «... los cuales vinieron con Zorobabel, Jesúa, Nehemías, Seraías, Reelaías, Mardoqueo, Bilsán, Mispar, Bigvai, Rehum y Baana». En vista de que Zorobabel es mencionado de primero en la lista, él fue aparentemente el dirigente. Hay otros pasajes en los que también se presenta a Zorobabel como el dirigente (junto con Jesúa el sacerdote). Se le presenta como dirigente en Esdras 3.2; 4.2–3; 5.2, así como en Hageo 1.1, 12, 14; 2.2, 4, 21, 23, y en Zacarías 4.6–10. En Hageo, a Zorobabel se le presenta como gobernador de Judá.

No obstante, en Esdras 1.8–11 se menciona a Sesbasar: «Los sacó, pues, Ciro rey de Persia, por mano de Mitrídates tesoroero, el cual los dio por cuenta a Sesbasar príncipe de Judá [...] Todos los hizo llevar Sesbasar con los que subieron del cautiverio de Babilonia a Jerusalén». En 5.14, 16 se le vuelve a mencionar. Allí se le nombra como «gobernador», y se dice de él que «puso los cimientos de la casa de Dios en [Jerusalén]».

Lo anterior podría movernos a preguntar: «¿Quién fue el dirigente de los judíos cuando volvieron: Zorobabel o Sesbasar?». Existen por lo menos dos posibles explicaciones en cuanto a la relación entre estos dos hombres. La primera es que los dos nombres pueden referirse a la misma persona: a un dirigente de los judíos que tuviera nombre judío (Zorobabel), y a la vez nombre babilónico (Sesbasar). Esto no era extraño, pues en

el libro de Daniel, este vidente y sus tres amigos tenían nombre judío y a la vez babilónico (vea Daniel 1.7).³ La segunda posibilidad es que se trate de dos hombres que de algún modo compartieron las responsabilidades. Uno pudo haber estado a cargo de los tesoros del templo (tal vez era una especie de contador en jefe), siendo el otro el principal dirigente-administrador. Otras posibilidades son que se alternaran como gobernadores de Judá, o que uno de ellos volviera antes que el otro.⁴

¿Cuántos volvieron?

Al sumar todas las cifras, se obtiene que fueron cerca de cuarenta mil judíos los que volvieron de Babilonia a Palestina. Al incluir a los siervos, el número de personas ascendería a cerca de cincuenta mil.

¿Cuánto tiempo tomó?

Un comentarista bíblico mencionó la probabilidad de que el viaje de Babilonia a Judá tomara unos cuatro meses.⁵ Imagínese usted lo que es pasar cuatro meses en el camino, viajando constantemente, levantando campamento para pasar la noche, y recogiendo todo al día siguiente para reanudar el viaje. ¡Me imagino que lo único que los mantuvo avanzando fue la idea de que estaban «volviendo a casa»!

¿Quiénes volvieron?

Esdras 2 es un capítulo que está repleto de nombres, esto es, los nombres de los que volvieron.⁶ Hay algunos detalles interesantes sobre estos nombres y la importancia que tenían. Un detalle es que algunos representan categorías con el número

³ A Daniel se le puso Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.

⁴ Los autores de *Old Testament Survey (Reseña del Antiguo Testamento)* dan por sentado que los dos son hombres diferentes y dicen que «el conflicto acerca de cuándo se puso el cimientado del templo, y quién lo puso, no es de fácil solución». William Sanford LaSor, David Allan Hubbard y Frederic Wm. Bush, *Old Testament Survey (Reseña del Antiguo Testamento)* (Grand Rapids Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1982), 604.

⁵ Edwin M. Yamauchi, "Ezra-Nehemiah" («Esdras-Nehemías»), en *The Expositor's Bible Commentary (El comentario bíblico del expositor)*, ed. gen. Frank E. Gaebelein, vol. 4 (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1988), 648.

⁶ Esta lista se reproduce, con pequeñas diferencias, en Nehemías 7.5–73. Los cambios podrían atribuirse a errores cometidos por los copistas. El Nehemías que se encuentra en la lista (Esdras 2.2) no es el mismo que dirigió la reconstrucción de los muros. Louis Goldberg, "Ezra" (Esdras), en *Evangelical Commentary on the Bible (Comentario Evangélico de la Biblia)*, ed. Walter A. Elwell (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1989), 299.

de personas que las componían; categorías tales como familias (ejemplos: «Los hijos de Paros, dos mil ciento setenta y dos. Los hijos de Sefatías, trescientos setenta y dos», en los vers.^{os} 3–4). Otras categorías las constituyen lugares (por ejemplo: «Los hijos de Jericó, trescientos cuarenta y cinco», en el vers.^o 34), y ocupaciones como sacerdotes, levitas, sirvientes (por ejemplo: «Los levitas», en el vers.^o 40, y: «los sirvientes del templo» en el vers.^o 43).

Otro detalle interesante es que los nombres de algunos que se mencionan en la lista no se encuentran en las genealogías correspondientes (vers.^{os} 59–63). En relación con este capítulo, necesitamos recordar que las genealogías eran muy importantes para ciertas sociedades. Desde este punto de vista, pareciera que los que volvieron, demostraron tener más fe en las promesas que Dios hizo a sus antepasados, que la que demostraron los que se quedaron en Babilonia. Además, los que no pudieron demostrar su linaje judío fueron dignos de la mayor admiración. Estos, sin tener prueba de su herencia, sin contar, por lo tanto, con garantía de ser recibidos en la comunidad del pueblo escogido de Dios, aún así creyeron en las promesas hechas a los judíos y quisieron formar parte del cumplimiento de ellas.

¿Por qué volvieron?

El regreso de ellos fue voluntario. Ninguno estaba obligado a volver. Muchos de los judíos, tal vez la mayoría, se quedaron en Babilonia, y puede ser que tuvieran una buena razón para ello. Después de vivir en un lugar muchos años, ¿no empieza uno a sentirse como en «casa»? Esto sería especialmente cierto si uno prosperara en su nueva casa, como a muchos de los judíos les pasó. Una prueba de esto es que, los que se quedaron, ayudaron con dádivas a los que volvieron (1.4, 6). Además, en Babilonia hubo una gran comunidad judía después del cautiverio. El Talmud Babilónico constituye un testimonio de la importancia de la comunidad babilónica de judíos. Este Talmud se originó allí, y fue una de las dos colecciones de escritos judíos que por siglos se reflejaron en el pensamiento judío, y lo influenciaron.

Los que volvieron, no necesariamente lo hicieron porque buscaran fortuna. No todos eran gente pobre que anduvieran buscando un futuro más prometedor. Sabemos que tenían siervos, o esclavos. También tuvieron suficiente para dar generosamente para la construcción del templo. Algunos de ellos, si no eran ricos, por lo menos tenían bastantes recursos.

Antes de responder a la pregunta acerca de por

qué volvieron, tal vez deberíamos preguntar por qué posibilitó el Señor que volvieran. Lo hizo porque la tierra de Palestina había de ser el escenario sobre el cual se representaría el siguiente acto del drama de la redención.

Desde el comienzo del llamado que le hizo Dios a Abraham, la tierra fue parte del plan de Dios. Esta fue prometida a Abraham (Génesis 15.18; 17.8; 24.7), a Isaac (Génesis 26.3–4), a Jacob (Génesis 28.13; 35.12), y por último, a la nación de Israel (Génesis 50.24; Éxodo 3.17; 6.8; 13.11). Dios cumplió Su promesa de dar a Israel una tierra, cuando capacitó a esta nación para que conquistara Canaán (Josué 11.23; 21.43–45; vea Deuteronomio 4.37–38). Dios también exhortó a Israel para que guardara Su ley en la tierra que les había dado (vea, por ejemplo, Deuteronomio 5.31–33; 6.1–3). Advirtió que si ellos no guardaban la ley, serían echados de la tierra (Deuteronomio 4.25–27). Dios incluso le dijo a Israel que si rehusaban obedecer la ley (Deuteronomio 28.58), los esparciría por todos los pueblos (Deuteronomio 28.64). También reveló que, si se arrepentían, Él al final los haría volver a la tierra (Deuteronomio 30.1–3). Jeremías anunció que Judá estaría setenta años en el exilio (Jeremías 25.11–12) y que luego Israel volvería a la tierra (vea Jeremías 16.14–15; 23.7–8; 29.10).

Así, era necesario que los judíos volvieran para cumplir los anuncios en el sentido de que el pueblo de Dios volvería a la tierra. Además, con esto se preparaba el escenario para el nacimiento de Cristo, el Mesías, en Belén (vea Mateo 2.5–6 y Miqueas 5.2), y para el establecimiento del reino en Jerusalén (Isaías 2.2–3). Este era otro paso hacia el cumplimiento de la promesa en el sentido de que el mundo sería bendecido por medio de uno nacido de la simiente de Abraham.

Sin embargo, sigue sin contestarse la pregunta acerca de por qué eligieron volver estas personas. ¡No fue por razones económicas! Más bien, los que volvieron tenían primordialmente una razón religiosa para «volver a casa»: Deseaban volver a la tierra que Dios les había dado. El hecho de volver demostraba que tenían fe en Dios y en las promesas y el plan de Este.

La mayoría de los cautivos en realidad no estaban «volviendo» a Judá, ¡pues jamás vivieron en Palestina, al haber nacido en Babilonia! ¡Solamente los que tenían más de setenta u ochenta años pudieron haber vivido en Judá, haber sido llevado cautivos a Babilonia, y haber vuelto a Judá en ese momento, con recuerdos de la vida que habían vivido en esta tierra anteriormente! La mayoría de los que volvían lo estaban haciendo

«por fe», estaban viajando a una tierra que jamás habían visto. Lo único que sabían de ella era lo que les habían contado. Lo creían porque, por las promesas de Dios, Judá era el lugar donde se sentirían en casa.

CUANDO NOSOTROS VOLVAMOS A CASA

¿Qué le recuerda a usted el viaje de ellos? Piense en los israelitas que salieron de Egipto, con la dirección de Dios, para ir a la tierra que Él les había prometido para las necesidades de ellos. El viaje no duró unos meses, ni un año, que es lo más que debió haber durado; sino que fueron cuarenta años lo que se tardaron en llegar. Fue un viaje que supuso muerte y privaciones en un inhóspito desierto. Sin embargo, cuando llegaron a Canaán, debieron de haber sentido algo parecido a la emoción de haber llegado por fin a «casa».

Al igual que los judíos del tiempo de Esdras, todos nosotros volveremos a «casa» un día. Al igual que para muchos de ellos, la casa hacia la cual nos dirigimos es una que todavía no hemos visto. Creemos en ella por la descripción que Dios nos ha hecho de ella. ¿Con cuánta ilusión deberíamos anticipar nuestra llegada a ese destino? Al igual que a los judíos, ¡el llegar a casa debería producirnos un gran gozo! ¿Es nuestro entusiasmo por «llegar a casa» tan intenso como debería?

No puedo decir que así sea con los demás, pero en cuanto a mí, no he vivido en un solo lugar de la tierra el tiempo suficiente para considerarlo la casa a la cual desee volver algún día. Mi casa no se encuentra en este mundo.

Sin embargo, lo anterior podría decirse de todos los cristianos. «Mas nuestra ciudadanía» —nuestra patria— «está en los cielos» (Filipenses 3.20). En este mundo somos «extranjeros y peregrinos» (1^{era} Pedro 2.11); este mundo no es el lugar en el cual realmente nos sentimos en casa. Tal vez deberíamos acordarnos de esto. Por más encariñados que estemos con el lugar donde vivimos, hay una mejor casa a la cual estaremos volviendo algún día.

Tenemos cánticos en los que expresamos nuestro deseo de llegar a casa.⁷ Esto es lo que cantamos: «Oh, pensad en la casa del más allá, a la orilla del

⁷ Las palabras que siguen fueron tomadas de I. N. Carman, "Here We Are but Straying Pilgrims" («Aquí no somos más que peregrinos errantes»); D. W. C. Huntington, "O Think of the Home Over There" («Oh piensa en el hogar más allá»); y J. K. Alwood, "O They Tell Me of a Home" («Oh qué hogar del que me hablan»), *Great Songs of the Church (Grandes cánticos de la iglesia)* (Abilene, Tex.: Abilene Christian College Book Store, 1973).

río de luz». También cantamos: «Me hablan de un hogar, que está más allá del sol / Me hablan de un hogar, que está en la lejanía».

¿Vivimos nosotros con deseo de llegar a casa? Si nos preguntaran donde está *nuestra* verdadera casa, la mayoría de nosotros respondería correctamente. No obstante, vivimos como si este mundo fuera nuestra verdadera casa. Invertimos tiempo, dinero y cuidados en las cosas de este mundo, las cosas que, como dice un cántico, «perecen con el uso». Nos comportamos como si tuviéramos que estar aferrados a lo que tenemos; y después nos comportamos como si tuviéramos que conseguir más a lo cual estar aferrados, más para satisfacer nuestras ambiciones terrenales. Cuando vivimos de este modo, demostramos que nuestro corazón no está en el cielo, sino en la tierra. Jesús dijo: «Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mateo 6.21).

¿Qué deberíamos hacer? ¡Mantenernos centrados en esa casa eterna! ¡Mantener nuestros ojos en el galardón! ¡Qué maravillosa es la casa que nos aguarda! Es maravillosa por las características con que nos deslumbrará. Imagínese la descripción que se hace de ella en Apocalipsis 21. Es maravillosa por lo que no habrá allí: no habrá muerte, ni enfermedad, ni tristeza, ni habrá más separación. También es maravillosa por todos los que estarán allí: Dios, Jesucristo y los santos de todas las eras, incluyendo los que fueron nuestros seres queridos y que perdimos en esta vida. Por último, es

maravillosa por lo que durará: por toda la eternidad, ¡no tendrá fin!

CONCLUSIÓN

Cuando me imagino cómo será esa casa, ¡deseo estar allí! ¡Sin duda, usted también! Si estamos volviendo a casa, para estar con Jesús, entonces debemos poner en orden nuestras prioridades, y poner el reino de Dios en primer lugar (Mateo 6.33). ¡Para poder hacer del cielo nuestra casa, debemos vivir de conformidad con la voluntad de Dios!

Para los que no son cristianos, hacer la voluntad de Dios incluye creer en Jesús (Juan 8.24), arrepentirse de los pecados (Hechos 17.30), confesar la fe en Cristo (Romanos 10.10) y ser bautizados para el perdón de los pecados (Hechos 2.38). Al que ya es cristiano, pero se ha alejado de Dios, le es necesario, para enderezar su vida delante de Dios, que se arrepienta y ruegue por el perdón de sus pecados (Hechos 8.22) y también que confiese esos pecados (1^{era} Juan 1.9). Si somos fieles a la voluntad de Dios, ¡entonces podremos estar seguros de que llegaremos a casa para tener dicha eterna!

Hay un antiguo himno que dice: «Camino a casa, camino a casa [...] Señor, camino a casa voy».⁸ ¿Realmente estaré yendo? ¿Está yendo usted? ■

⁸ William J. Kirkpatrick, "I've Wandered Far" («Me he alejado demasiado»), *Great Songs of the Church* (Abilene, Tex.: Abilene Christian College Book Store, 1973).